

La ciudad en ruinas

por Asier Sisniega

Como cada tarde desde hacía varios meses me dirigía por la calle con ritmo cansino a mi curso vespertino. Era una tarde fría, que amenazaba lluvia, sin embargo las nubes parecían contenerse por todos los medios. Al subir las escaleras no podía dejar de pensar en el viaje de regreso a casa. Desde hacía ya algún tiempo tomaba el autobús junto a una compañera de clase que se llamaba Marta. Era algo menor que yo, de rostro etéreo y mirada perdida, que parecía siempre estar en otro lugar. Al entrar en la clase nunca nos sentábamos juntos, aunque no podía evitar dirigir mi mirada hacia ella durante aquellas dos horas, y cuando no lo hacía por medio de la vista la tenía en mi mente. Ella hablaba poco, siempre rodeada de un halo de misterio, no parecía enfermiza, ni siquiera hacía cosas raras, simplemente sonreía y en la mayor parte de las ocasiones se callaba y continuaba ensimismada. Yo no lo tomaba como una ofensa, pero sí me inquietaba aquello que cruzaba por su cabeza, no podía dejar de hacer conjeturas acerca de sus pensamientos, sus problemas o anhelos, como si yo me ofreciera voluntario a enmendarlos o sanarlos en la medida de lo posible. No me preguntaba egoístamente si por su cabeza pasaría de vez en cuando mi persona, si me vería como yo la veía a ella, o si fuera precisamente otro el centro de toda su atención. Pese a todo esto yo no estaba inquieto, al contrario, extrañamente me sentía cómodo pensando en que al día siguiente iba a estar junto a ella de nuevo. Sólo me preocupaba que ningún resfriado o inconveniente la impidiera poder venir y compartir con ella aquel viaje de poco más de 30 minutos.

Cuando el sonido de la tiza golpeando la mesa llegó a mi oído supe que la clase había finalizado. El profesor no se caracterizaba por prolongar las clases, sino por cumplir el horario a rajatabla, sobre todo el de salida. Para entonces, yo ya estaba prácticamente preparado para levantarme e irme, debía realizar mis últimos movimientos haciendo tiempo para que Marta estuviera preparada para irnos. Ya de pie, junto a la puerta, esperaba mientras la observaba colocarse la bufanda alrededor del cuello, siempre lo hacía con el mismo cuidado, con los movimientos de sus brazos ensayados en un ejercicio de habilidad. Cuando llegó a mi altura me saludó con su sonrisa y caminamos hacia la puerta de salida. Como no podía ser de otro modo nuestra conversación se reducía a hablar del tiempo y de lo poco interesante acontecido en la clase. No se por qué circunstancia los alumnos damos tanta importancia a cualquier nimiedad que sucede en una clase, a esos pequeños detalles que rompen la monotonía. Ya en la calle yo era ajeno al frío reinante. No se trataba de temperaturas bajo cero, pero los seis

grados de temperatura me parecían a mí 25 en aquellos momentos, más que nada porque el frío era lo último que me importaba en esos instantes. Trataba de arañar al tiempo cada gesto de su rostro, cada frase y guardarlos en mi memoria como un tesoro para siempre. Tratar de paladear aquellos momentos y estirarlos para que duraran más allá de lo que marcaban los relojes.

Como cada día el autobús tardaba no menos de 10 minutos en llegar. Acostumbrábamos a sentarnos a esperar bajo una desgastada marquesina que servía de poca protección. Sin formar parte de mis planes, tomé su mano con la mía queriendo transmitirle mis sentimientos. Por un momento mi mente dudó, sin embargo mi mano seguía junto a la suya, pues realmente aquello era lo que más deseaba. Sin decirnos absolutamente nada, pero lejos de parecer un acto frío, ella hizo lo propio, y fue quien colocó su mano sobre la mía. Aquello me produjo un impulso terrible, irrefrenable, de acercarme a su piel, de besarla. En pocos segundos mi boca se juntó con la suya. La leve brisa parecía querer traspasar mi piel y recorrer mi cuerpo entero. Ella no rechazó mi contacto, sin embargo tenía la sensación de que continuaba absorta en otros pensamientos. No podía dejar de creer que en aquella situación no se podía pensar en ninguna otra cosa, pero ella lo hacía. Cuando nuestros labios se separaron el silencio continuó presente, pero de nuevo no se trataba de una situación tensa o fría, resultaba asombrosamente natural. Aquel viaje a casa, hace ya 5 meses, lo recuerdo todos los días. Durante el trayecto le hice numerosas preguntas, quizá demasiadas, ella no mostró disgusto, simplemente aseguraba una y otra vez no existir nada que la afligiera o la preocupara más allá de los problemas normales de cualquier persona. En aquel momento no le di mayor importancia, me encontraba radiante, y cualquier respuesta por absurda que ésta fuera la hubiera dado por buena. Es ahora cuando me doy cuenta de mi prolongado error.

En los meses que hemos estado juntos ella se ha portado muy correctamente conmigo, me atrevo a decir que ha sido feliz, pero el halo de misterio que la rodeaba no había desaparecido para mí. Supe al principio que no mantenía contacto con su familia, sus padres ya fallecidos habían sido el último nexo de unión con ésta. En una ocasión me comentó que dos de sus hermanas trabajaban en unas oficinas situadas en el centro, algo que yo recordaba muy bien, porque creo que trataba de analizar con detalle la más pequeña información que ella me daba sobre su vida. Vivía desde hace tiempo sola en un piso de alquiler, así que a los pocos meses me fui a vivir con ella. Yo ya estaba acostumbrado a esas duras jornadas de trabajo y de tareas domésticas, lo cual no supuso ningún trabajo para mí, y menos aún estando en su compañía. Fueron los mejores momentos de mi no demasiada larga vida.

Al regresar aquel día a comer a casa, abrí la puerta y no hubo ninguna voz que respondiera a mi saludo. Por un momento pensé en que se habría entretenido por el camino, pues acostumbrábamos a comer juntos, sin embargo me sobrecogí al verla tendida sobre el suelo de su habitación. No había señales a su alrededor. Fue en esos momentos cuando mi mente se atascó, no podía procesar nada de lo que estaba sucediendo y ni siquiera logro recordar los momentos en que avisé a la ambulancia y nos dirigimos al hospital. Pero lo que me dejó más confuso y ofuscado aún fue el hecho de tratarse de un intento de suicidio. Lo que a mí me parecía una feliz convivencia de pareja se desmoronó en breves instantes. Comencé a machacar mi propia cabeza con preguntas inquisidoras, a buscar en lo más recóndito hasta los más pequeños errores, detalles olvidados que pudieran cobrar gran importancia, pero salvo algunas pequeñeces no lograba encontrar nada.

Pensé que lo adecuado era avisar a su familia más directa, por lo que me dirigí hacia el centro en busca de las oficinas que en una ocasión me comentara trabajaban sus hermanas. Pronto las encontré en un viejo edificio de cinco plantas con las mesas de los empleados muy cerca las unas de las otras. Me presenté y les dije lo sucedido. Pese a no haber tenido contacto durante bastante tiempo accedieron a ayudarme y hacerla compañía en el hospital. Lo sucedido les sobrecogió, pues claro está, no dejaban de ser sus hermanas.

Cuando Marta regresó a casa presentaba buen aspecto. Su actitud era positiva, y yo no guardaba suficientes fuerzas para realizar un interrogatorio. De nuevo creo que cometí el error de evitar el tema y tratar de obviarlo, regresando a esos meses de supuesta felicidad. En alguna ocasión ella comenzó a hablar sobre ello, dándome respuestas que a mí esta vez me resultaban poco convincentes, aunque creí poder saber la verdad y lograr apoyarla en su recuperación.

Varias semanas después me dirigía al trabajo a las siete y once minutos de la mañana, el tiempo era templado, aunque el calor del metro era insoportable. Con una pequeña diferencia de minutos tomé el metro aquella mañana que como siempre en esos momentos estaba atestado. A mi lado había inmigrantes de diversas nacionalidades, estudiantes, y trabajadores de lo más variopinto. Me llamó poderosamente la atención un par de mujeres que junto a mí se confesaban su amor y se besaban apasionadamente a aquellas intempestivas horas de la mañana. En el intervalo entre dos estaciones las luces del vagón comenzaron a temblar y debilitarse. Por breves momentos la luz se apagó, sin desatar el pánico, puesto que se trataba de algo dentro de lo que cabe habitual. El convoy recuperó su marcha, hasta que se produjo un gran frenazo y la voz de la megafonía nos

dijo que por problemas en la línea debíamos abandonar los vagones en la siguiente estación.

Una vez en el andén la gente comenzó a subir las escaleras mecánicas. Aquellos que comenzaron a impacientarse por el retraso subían decididamente las escaleras clásicas de dos en dos y alguno incluso de tres en tres. En aquella maraña de callejuelas subterráneas, cientos de personas nos dirigíamos en un solo sentido. Yo no sentí la urgencia de echar a correr para tomar un medio de transporte alternativo, sabía que en mi trabajo eran comprensivos con esas situaciones y no había porqué ponerse nervioso. Claro que la inquietud se generalizó cuando nos enteramos de que las puertas de salida estaban bloqueadas. La gente comenzó a especular, se oían opiniones de todos los tipos, que si escapes de gas, atentados, aunque el que parecía cobrar más fuerza era el de un pavoroso incendio. Jamás hubiera pensado que iba a caminar por las vías del metro en busca de una salida alternativa. La gente pensó que ésa era la mejor opción y comenzamos a caminar por aquellos túneles pobremente iluminados por focos desgastados. Tras un cuarto de hora de camino, donde mucha de la gente hablaba con el resto pese a ser completos desconocidos, yo tuve la ocasión de dialogar con otro hombre, algo mayor que yo que se sentía totalmente tranquilo y bastante indiferente ante el hecho de llegar a trabajar tarde y sudado. Al final de aquella artificial noche llegamos a un tramo donde el túnel dejaba paso a la luz de la mañana. Contrariado, pude ver como la gente se detenía en el exterior, con sus cuerpos vueltos y la mirada perdida en el cielo. Al llegar a su altura giré mi cabeza y pude observar un gran edificio envuelto en llamas. La imagen era sobrecogedora, por primera vez vi en persona una imagen que recordaba a las tantas veces emitidas por televisión. Sus ventanales cedían ante las llamas y continuamente caían grandes trozos de su parte superior. Por la hora supe que no habría todavía trabajadores en el interior, puesto que la hora de inicio tuvo que ser bastante anterior. Tras unos minutos de ver doblarse al gigante de hierro asistí a su desmoronamiento. En aquellos precisos instantes sentí, con toda aquella gente a mi alrededor, que no sólo aquel edificio se estaba desmoronando, sino que algo para mí mucho más importante se desmoronaba en mi vida.